



## LITERATURA, ARTES, EDUCACION, TEATROS Y MODAS.

TOMO II.

LIMA, SABADO 23 DE OCTUBRE DE 1875.

NÚM. 6.

### SUMARIO.

**Las siete obras de misericordia.**—En la tumba de mi hermano.—Las alternativas.—Al toque de oracion.—Contrastes matrimoniales.—A mi padre.—Nubes de un cielo.—¡Guerra á las mugeres!—A una amiga.—Mosaico.

### LAS SIETE OBRAS DE MISERICORDIA.

(Traducido de Leon Gautier)

#### I.

DAR DE COMER AL HAMBRIENTO.  
(II siglo despues de J. C.)

DEODATO era el mas jóven de los siete diáconos que llevaban á los pobres de Roma los socorros de sus hermanos; tenia veinte años. Jamás se habia visto trasparente alma mas bella al traves de un mas bello rostro: sus facciones eran las de una virjen; su voz era tan dulce como sus ojos; sus largos cabellos caian sobre su vestido blanco y de tal manera se asemejaba á un ángel, que Tulio, el pintor cristiano, lo habia tomado para modelo de un San Rafael en los frescos de las catacumbas. Era un espectáculo celestial ver á este jóven, seguido de algunos sirvientes á quienes llamaba sus hermanos, recorrer, con la sonrisa en los lábios y los ojos bajos, las calles de la ciudad en donde habitaban sus pobres. El lugarcito de Roma, que se le habia confiado, era seguramente el mas miserable ántes que él llegase; lo hizo quizás el mas feliz. Con el pan que alimenta, llevaba á todas partes el amor que consueta, el amor, que principiaba á llamarse con otro nombre mas bello: *Caridad*.

Durante el dia distribuia el pan terrenal á millares de desgraciados; pero á menudo ocultaba bajo su vestido, cerca de su corazon, otro pan que el Papa habia consagrado

en la casa de algun fiel, y que se enviaba, despues del sacrificio, á todos los hermanos enfermos. Ya no era pan. Era el Señor Jesus. ¡Oh, qué comuniones tan bellas las de esos tiempos!

Deodato no despreciaba á los pobres paganos: los socorria; sentábase cerca de ellos y les hablaba de Dios. De esa manera saciaba las almas que tenian hambre de Verdad. Y las almas, así como los cuerpos, podian decir cuando Deodato habia pasado por ahí: «¡Deodato nos ha visitado, ya no tenemos hambre!»

Un dia Deodato fué á ver á los esclavos del emperador que eran cristianos, y los habia en gran número. Pudo reunirlos en una gran sala y les distribuyó, á nombre de sus hermanos, el dinero que debia ayudarles á comprar su libertad, ó á lo ménos, á sobre llevar mejor su esclavitud. Hé aquí el discurso con que acompañó esta limosna:

«Queridos hermanos en Jesucristo: sabeis que se prepara una nueva persecucion contra los cristianos, creo que ya no me vereis mas, y vengo á despedirme de vosotros.»

Todos prorrumpieron en sollozos y vinieron a besar la orla de sus vestidos. En este momento se abre la puerta y se presenta la pálida figura del emperador á quien un esclavo cristiano acompañaba. Este traidor era aquel que Deodato llamaba su favorito y al que mas habia colmado de beneficios.

Todos los esclavos huyeron; el diácono quedó solo, con los ojos elevados hácia el cielo y los brazos estendidos, diciendo en alta voz: «No adoro mas que á un solo Dios, que está en el cielo y del que mi alma tiene hambre. ¡Señor Jesus, así como yo saciaba á tus pobres, sácíame de tu gloria!»

Se apoderaron de él, entregó su cuello, que fácilmente fué cortado de un solo golpe. La muerte no pudo cortar su sonrisa. Mil ángeles bajaron hácia él y el ruido de sus alas aterró á los verdugos, pero una voz fuerte que se hizo oír en todo el palacio los aterró todavía mas:

«¡Ven, dijo la voz; tuve hambre y me diste de comer; ven, bendito de mi Padre, entra en el reino eterno!»

#### II.

DAR DE BEBER AL SEDIENTO.  
(IV siglo.)

El emperador Diocleciano quiso dar un bello espectáculo. Hizo crucificar en sus jardines á sesenta cristianos en una misma fila. Hay obispos, sacerdotes, fieles, jovencitos recién salidos de la infancia, aun ancianos en quienes no habia necesidad de apresurar la obra próxima de la muerte.

Los sesenta cristianos están crucificados. Ni una queja. El mas anciano de todos los obispos toma la palabra desde lo alto de ese trono en donde está con la majestad de un rey, con la altivez de un triunfador. Ha entonado el cántico de los tres niños en el horno y todos los cristianos lo han cantado en coro. ¡Oh, concierto maravilloso! ¡Oh, incomparable armonía!

Sin embargo, la sed devora á los mártires: ése es su mayor suplicio y en el que sus verdugos se complacen mas. El grito de *Sitio!* se oye, como en el Calvario. Las lenguas se secan, los lábios ardientes se entreatren, y gritan: *Sitio! Sitio!*

Entónces una dama romana llamada Marcela, de la orden de las Diaconesas, se presentó delante de los mártires seguida de dos virjenes que no parecian asustadas por este espectáculo y envidiaban los dolores de aquellas nobles víctimas. Iban acompañadas de muchos esclavos que llevaban vasos llenos de hidromel. La madre y las hijas se acercaron fácilmente hasta los lábios de los mártires cuyas cruces eran muy bajas. Ofrecieron á cada uno de ellos principiando por los obispos, los sacerdotes y los ancianos una copa de esa bebida fresca, que apagó su sed.

Y las sesenta voces se confundieron para bendecir aquella caridad; los verdugos se admiraban y dejaban hacer. Pero el empe-



rador fué mas cruel y dió orden de conducir á las tres mujeres al interrogatorio. Ellas mismas fueron ó, mejor dicho, corrieron alegremente.

«¡Venid, dijo entónces una voz. He tenido sed y me habeis dado de beber; venid, hijas mias, venid, benditas de mi padre: entrad en el reino eterno!»

## III.

## VISITAR Á LOS ENCARCELADOS.

(Siglos XII y XIII)

—«No volveremos á ver á la dulce Francia!»

«Hace doce años que el Sarraceno cayó de improviso sobre las costas vecinas á mi aldea. Hacía un año que yo estaba casado y acababa de tener una hija que ya principiaba á sonreír. Corrí á defender mi iglesia y mi hogar, fuí vencido, ¡ay! y héme aquí. ¿Dónde está mi esposa? ¿Dónde mi hija? ¿Dónde sus sonrisas? ¿Dónde mi hogar?»

«No volveremos á ver á la dulce Francia!»

—«Yo, dice otro, tenía diez años cuando el Sarraceno me arrebató de los brazos de mi madre y tengo cuarenta ahora. ¿Vive mi madre? ¿Tengo hermanos? ¿Mis hermanas se han casado? ¡Oh, patria, tu olvidas á tus hijos; pero vos, oh Dios mio, no desprecias á los tuyos?»

«No volveremos á ver á la dulce Francia!»

Y los encarcelados lloraban. Había mil en Túnes que no esperaban tornar á ver pais cristiano; había mil que no esperaban mas que la libertad del cielo.

Un dia, sin embargo, las puertas de su prision se abrieron y veinte relijiosos vestidos de un traje nuevo se presentaron: ¡Cristianos, exclamaron, oidnos! Gracias á nuestros hermanos, los caballeros hospitalarios y templarios que han extendido entre los infieles un terror saludable del nombre cristiano, gracias á nuestros hermanos de todas órdenes relijiosas que han rogado por vosotros; gracias á todos los cristianos ricos y pobres que se han despojado por vosotros; nosotros, indignos hijos de Juan de Mata, venimos á anunciaros vuestra libertad!»

«¡Cristianos, vuestro rescate está pagado; entonemos el *Te Deum*!»

Y mil voces cantaron un *Te Deum* interrumpido por sollozos y acompañado de lágrimas. A todos se les libertó, á todos menos á uno, sin embargo. Era un poderoso señor cuyo rescate no se había podido pagar y que los infieles deseaban retener. Y pensando en su mujer, en sus hijos, en la cara Francia, lloraba de despedazar el alma. Un relijioso se aproxima; «¿no me conoces?» dice al encarcelado.

—¡Ay! dice el infeliz, te conozco mucho! Tú eres aquel vasallo á quien despoje indignamente, á quien hice azotar con cañas, á quien proscrubí contra toda justicia. ¡Dios te venga: voy á morir aquí!»

Nó, nó; Dios te liberta, hermano: tú vas á salir. Y volviéndose hácia los paganos: ¡Dejadlo, decía, yo quedaré en su lugar! Y quedó.

Y mientras los encarcelados, llenos de regocijo, se apresuraban á dejar sus cadenas, y mientras uno decía: ¡oh madre! ¡hermanos míos! ¡vuelvo al fin hácia vosotros! ¡Oh, sonrisa de mi hija! ¡voy á verte! ¡Volveremos á nuestra Francia, se oyó una voz que decía á sus libertadores: «¡Estuve prisionero, y me visitasteis, ¡oh benditos de mi padre; os espero en el reino eterno!»

## IV.

## SOCORRER Á LOS ENFERMOS.

(Siglo XII)

En todo el pais de Anjou ¿quién no conocia á Enrique de Brion y á su mujer Alicia? Enrique era valiente como un leon y Alicia bella como el lirio, decian los poetas que no sabian con qué compararla en sus versos. Y sin embargo no era el valor de Enrique ni la belleza de Alicia lo que les habia conquistado en toda la provincia una fama tan considerable; era su caridad.

Enrique habia fundado ya tres hospitales y dos lazaretos. Habia llamado á esos frailes y esas relijiosas de la caridad tan numerosos en tiempo de San Luis y que, bajo la regla de San Agustin, servian entónces en toda la ciudad á los miembros pacientes de Jesucristo.

Cuando estas «*Cosas de Dios*» (¡oh, qué lindo nombre!) estuvieron concluidas, Enrique hizo la inauguracion solemne. Hubiera querido llevar él mismo á los pobres enfermos á sus camas, á esos pobres á quienes jamás habian tocado brazos tan nobles. Su hospital era un palacio en donde los pobres eran servidos por ángeles; Dios oculto en su santuario habitaba en aquella vivienda.

Todas las mañanas Enrique y Alicia los visitaban, y encontraban siempre las mas dulces palabras para cada uno de ellos en aquel donde Jesus depositó los divinos jermenes de la caridad.

Tambien visitaban á los leprosos. Alicia que, sin saberlo, imitaba á Santa Isabel de Hungría, lavaba con sus bellas manos aquellas pestilentes cabezas; Enrique les hacia con su capellan lecturas piadosas en aquel retiro que ya habia llegado á serles agradable.

Sin embargo, la peste penetró un dia en el pais: Enrique y Alicia no se inquietaron por eso. Fueron de hospital en hospital, de choza en choza á ver, animar y cuidar á los apestados. Su vista sanaba á menudo á los cuerpos, su voz sanaba siempre á las almas.

Estos admirables esposos no tenían hijos. Enrique dijo entónces á Alicia: «¿No te agradaria que concluyéramos nuestra vida con el hábito de San Agustin entre los hermanos y las hermanas de la caridad?»—«He soñado, siempre con eso,» dijo Alicia. Algunos dias despues, entraron en la órden de su predileccion. Su despedida fué conmovedora. «No nos veremos mas que de léjos, pero te veré siempre en la persona de mis pobres,» dijo Alicia. «Y yo en cada uno de los míos, dijo Enrique. Despues, algun dia nos veremos en el cielo. Tengo para mí, dijo Enrique, que este dia no está léjos.»

En efecto, la peste aumentaba, y la caridad de los dos esposos aumentaba tambien; el terrible azote los tocó y los hirió á un mismo tiempo. En seguida el mal cesó de repente como si estas dos victimas lo hubieran desarmado.

Dios conservó milagrosamente los cuerpos de Enrique y Alicia; se les hicieron suntuosos funerales. Todos los pobres de Anjou acudieron á ellos, el obispo los siguió. Los dos esposos, cubiertos con el humilde hábito de su órden, fueron llevados en un mismo atahud á un mismo sepulcro. Los habian coronado de rosas y de lirios y era una maravilla ver su belleza. Un suave olor despedian por todas partes á su paso, crecian flores bajo los pasos de sus pobres.

En el momento en que los depositaron en la tumba, una brillante auréola rodeó sus frentes y se oyeron estas palabras: «¡Estuve enfermo, y me curasteis; venid, benditos de mi padre, entrad en el reino eterno!»

## V.

## VESTIR AL DESNUDO.

(Siglo XVI)

El buque se detuvo; dos hombres saltaron de una barca y abordaron. Uno de ellos, vestido militarmente, llevaba una bandera; el otro, vestido de negro, una gran cruz de madera. Subieron juntos una colina que dominaba el mar, fijos sus ojos y sus almas en el cielo.

Cuando llegaron á la cima, el sacerdote plantó su gran cruz en la tierra. «En el nombre de Jesucristo,» dijo. El soldado plantó su bandera al lado: «En nombre de la Francia,» dijo.

Era una isla desconocida. «¿Cómo la llamaremos?»—«Con el nombre de un gran santo y de un gran soldado francés, respondió el sacerdote; será la isla de San Luis.» El soldado desenvainó su espada, la blandió en el aire y exclamó: «¡Desgraciado de aquel que intente arrebatarse esta conquista á la Francia y á la Iglesia!» Puso la espada en su vaina despues de haber saludado militarmente á la cruz y á la bandera, á Cristo y á la patria, que se encontraban allí, el uno al lado del otro, unidos y confundidos.

—«Esto no es todo, dijo el sacerdote; es preciso bautizar á estas jentes.»

—«¿Qué jentes?» preguntó el soldado.

—«Ved allá abajo; bailan desnudos sobre la yerba al rededor de un desgraciado que, sin duda, van á inmolar. Si me amais, seguidme. Mañana tendran el vestido blanco blanco de los catecúmenos.»

Se avanzaron a estos salvajes que bailaban al rededor de un prisionero de guerra.

—«Alegraos, hermanos míos, les dijo el en su lengua; os traigo una buena noticia. Sabed que no hay mas que un solo Dios, creador del cielo y de la tierra. Este Dios, viéndonos cargados de crímenes, ha tomado la forma de un hombre como vosotros y nos ha amado hasta morir por nosotros con la muerte mas dura. En reconocimiento, no nos pide mas que un poco de amor. ¿No querreis amarle despues que Él os ha amado tanto? ¿No querreis despues de vuestra muerte ser felices con él en el paraíso que os prepara?» «Yo lo quiero,» exclama alguien con una voz fresca. Era una jóven de quince años, que se acercó al Padre, le dirigió con sus ojos llenos de lágrimas una mirada profunda, y se arrodilló á sus piés en medio de un profundo silencio.

«Yo quiero amar á tu Dios; lo amo, dijo ella, y á tí te amo tambien, traje negro.» Y besaba su sotana. «No entiendo bien lo que acabas de decirnos, pero es muy bello; lo creo y quisiera aprender á creer lo que tú crees.»

«Y yo tambien, vestido negro,» dijo la madre de esta niña predestinada.

«Y nosotros tambien,» respondieron mil voces.

Y al dia siguiente, vestidos de albas blancas, mil infieles fueron bautizados en la presencia invisible de sus mil ángeles custodios. La primera fué rejenerada en el agua libertadora aquella jóven que habia arrastrado á todo el pueblo. Todavía sumer-



jida en el agua sacramental, exclamó: «Me consagro á Vos, oh mi Jesus!» Y en efecto, siguió al misionero y murió con el hábito de Santa Teresa, en compañía de su madre y de sus tres hermanas.

El Padre volvió muchas veces á visitar á la humilde cristiandad que tuvo al poco tiempo su iglesia y escuelas. Quiso morir.

Y en el momento en que este apóstol octogenario lanzaba el último suspiro entre estos idólatras en quienes él había cubierto la doble desnudez del alma y del cuerpo, se hizo oír una voz que decía: «¡Estaba desnudo, y me cubristeis; venid, bendito de mi Padre, entrad en el reino eterno!»

## VI.

DAR POSADA AL PEREGRINO.  
(XVIII siglo)

El ejército de los *Bleus* estaba victorioso, pero Jaime estaba herido y no podía seguirlo. Jaime era un republicano furioso.

Había degollado veinte sacerdotes, derribado treinta cruces, destrozado diez estatuas de la Santísima Virgen y muerto todavía mas facinerosos. Tenia las manos teñidas en sangre; esta sangre estaba impresa y no podía borrarse.

Hacia recibido una bala en una pierna y había quedado sobre el campo de batalla entre los moribundos y los muertos. Sin embargo, entre los moribundos muchos rezaban el rosario; entre los muertos muchos lo habían recitado ántes de morir, y sus labios parecían balbucear todavía dulces palabras.

Solamente Jaime blasfemaba.

Llegó la noche. ¡Qué noche! Lluvia, tinieblas, y en el corazón de Jaime ¡qué remordimientos! Los moribundos boqueaban, las aves nocturnas graznaban, soplaban un viento lúgubre. Jaime tuvo miedo.

Entretanto, su sangre corría en abundancia; ¿cómo detenerla? Jaime consiguió levantarse y, apoyado en un baston, caminó un poco.

Se arrastró, deteniéndose mil veces, hasta una especie de casa, cuya luz había percibido desde lejos. Agobiado, sudando gruesas gotas, bajo la helada lluvia, el corazón lleno de no sé qué temores, Jaime golpeó. Y como tardaran en abrir, «¡es un pobre herido, es un moribundo!» les decía. Al momento abrieron la puerta. Sobre la cama estaba un hombre de cabellos blancos; era un sacerdote á quien también acababan de dar hospitalidad. Cerca de él, una familia de paisanos, todos los hombres en traje militar, todas las mujeres de luto, estaban arrodillados y rezaban.

Jaime lanzó un gran grito: este sacerdote era uno de aquellos á quienes él había herido con su mano; era un anciano cura.

Por su parte, los paisanos conocieron la *Azul*. Hablaron entre sí algunas palabras y le dijeron: «¡Una de nuestras mujeres va á vendar vuestra herida; hé aquí la mejor de nuestras camas, dormid en paz!»

Jaime no durmió. A la media noche ya todos se habían quedado dormidos, fatigados, al rededor del sacerdote, que se sentía mejor, cuando oyó una voz que lo llamaba dulcemente.

«¡Jaime, hijo mio... Jaime ¿no me oyes?» Era la voz del sacerdote.

Jaime sintió un estremecimiento deseono-

cido en todo su sér y respondió en voz baja: «Os oigo, mi... (quiso decir: *mi padre*;) recuerdo de juventud...» No concluyó.

¡Jaime, dijo el sacerdote, voy á morir! Oyeme, Jaime, no tengo mas que un cuarto de hora de vida... te oiré desde aquí, hijo mio: todos duermen... Reza el *Confiteor*!

El impulsado por un poder invisible que no comprendía, Jaime principió el *Confiteor*, y lo concluyó. Cuando recibió la absolucion el sacerdote lanzó un suspiro que despertó á los paisanos.

—«Voy hácia Dios, dijo. Os encomiendo este pobre niño que está herido; es ahora un buen cristiano gracias á vosotros. Si no me hubierais dado la hospitalidad, como á él, habria seguramente una alma menos en el cielo.»

«En el dia del juicio Dios os dirá: ¡venid, benditos de mi padre; fuí peregrino y me acogisteis, entrad en el reino eterno!»

Y el buen sacerdote entró el primero.

## VII.

## SEPULTAR Á LOS MUERTOS.

(Fecha hasta hoy desconocida.)

Eran tres: un protestante, un deísta y un ateo. Los tres negaban los tres términos de la verdad eterna: «no hay Iglesia.» decía el primero, «no hay Cristo,» dice el segundo; «No hay Dios,» dice el tercero. Sin embargo, el país que habitaban era católico y eran ellos los últimos y únicos enemigos de la Iglesia. Pero, mientras mas extendía sus conquistas la verdad, mas se enorgullecian en su infernal aislamiento, mas se aumentaba su rabia.

«No hay Iglesia,» decía el primero; «No hay Jesucristo,» decía el segundo; «No hay Dios,» decía el tercero.

La muerte pasó por este país. El contagio alcanzó al protestante, al deísta y al ateo; los tres desgraciados sintieron el golpe y rechinaron los dientes, pero la Iglesia no los abandonó, y envió cerca del protestante á una hermana de caridad, cerca del deísta, á un capuchino; cerca del ateo, á niño. La Iglesia escujo bien sus embajadores; fueron muy bien recibidos. La hermana de caridad pasó treinta noches á la cabecera del protestante y le habló varias veces de la Virgen María. El capuchino refirió al deísta la vida de San Francisco; el niño repitió su catecismo al ateo. Poco á poco, lentamente, sus inteligencias se iluminaron, sus corazones recibieron calor, y la gracia triunfó. «La Iglesia es de Dios,» dijo el primero, apretando la mano de la hermana. «Jesucristo es Dios,» dijo el deísta al hijo de San Francisco «Hay un Dios,» dijo el ateo, abrazando al niño. Y se comunicaron mutuamente las creencias que les faltaban todavía. Dios les dejó el tiempo de rendir así el último culto á su verdad, que habían desconocido; despues de lo cual murieron.

«¡Santa Iglesia!» decía el primero; «¡Dulce Jesus!» decía el segundo; «¡Oh mi gran Dios!» decía el tercero.

La Iglesia hizo sepultar con honor á los últimos de sus enemigos en esa feliz comarca. Al último ateo cerraron los ojos los vencedores de sus almas por el amor. Sus funerales fueron magníficos y la Iglesia, despues de haber enterrado con sus manos desde el origen del mundo enemigos tan terribles, no tuvo hasta el tiempo del Anti-cris-

to que enterrar sino hijos fieles que habían anhelado toda su vida ser llevados en los brazos de su madre la Iglesia hasta los brazos eternos de su Padre celestial.

GUILLERMO HERRERA.

## EN LA TUMBA DE MI HERMANO

Ay! en soledad profunda  
Por un recuerdo movida,  
Vengo triste y dolorida  
Sobre una tumba á llorar:  
Sobre la tumba que encierra  
Mis fraternales amores,  
Y que busco entre las flores  
Que va mi llanto á regar,

De qué sirve que la brisa  
Corra bulliciosa y leda,  
Si el llanto copioso rueda  
Y viene el pecho á quemar?  
De qué que la luz hermosa  
Inspire vida y aliento,  
Si por todas partes siento  
La angustia de mi pesar?

De qué sirve que las flores  
Perfumen aquí el ambiente,  
Si el pecho oprimido siente  
Destrozado el corazón?  
De qué sirve que la vista  
En vasto campo se esplaye,  
Si es fuerza que aquí desmaye  
Y se ofusque la razón.

Hermano, querido hermano,  
Yo vengo aquí solitaria  
A elevarte la plegaria  
Que tu muerte me inspiró.  
En vano busco yo otra alma  
Que pueda llenar la mía.....  
La luz de mi claro dia  
Con tu vida se acabó.

En tu losa funeraria  
Tu retrato está esculpido:  
En mi alma también ha sido  
Grabado por el amor.  
Embebida en tus recuerdos  
Cruzo este mundo de pena,  
Dó solo encontramos llena  
La copa que dá el dolor.

Una corona te traigo  
Ofrenda de mis amores:  
Quiera el cielo que sus flores  
No se marchiten jamás.  
Ellas serán el emblema  
De mi fraternal cariño,  
Que puro cual blanco armiño  
Para siempre lo verás.

Fuimos nosotros por alma  
Mas que por la sangre hermanos,  
Que en sus profundos arcanos  
El cielo así nos formó.  
Cariñoso me enseñaste  
A buscar y amar la ciencia,  
A la luz de tu experiencia  
Mi vida se deslizó.

Así tú fuistes el norte  
Que trazó mi primer paso.  
Sol que sin llegar á ocaso  
Para siempre se apagó!.....  
Tu guardas ¡oh tumba! el nombre  
Que invocára reverente,



Cuando el dolor inclemente  
Su garra en mi alma clavó.

En mi corazón él tiene  
La fé mas pura guardada,  
Porque es la imájen sagrada  
Que no profana otro amor.  
Su recuerdo me acompaña  
En la noche y en el día,  
Es la lumbre que me guía  
Consolando mi dolor.

Te fuiste, hermano, y dejaste  
Una esposa que te llora,  
Que aun te idolatra, te adora  
Y te llama en su dolor,  
Alegre la ví á tu lado  
Sin cuidados ni amargura,  
Y hoy destroza su hermosura  
La pérdida de tu amor.

¡Pobre David! y tus hijos,  
Tus hijos, que amaste tanto,  
Con mares de eterno llanto  
Tu sepulcro regarán.  
Fueron para tí esos seres  
Tu solo placer, tu gloria,  
De tu virtud la memoria  
En su seno guardarán.

Adios ¡oh querida tumba!...  
Que á tu lado esté la mia  
Haciéndote compañía,  
Es ya mi sola ambición:  
Así el sol de un nuevo día  
Alumbrará solitarias  
Nuestras urnas cinerarias  
En esta triste mansion.

MERCEDES CABELLO DE CARBONERA.

Octubre 20 de 1875.

### LAS ALTERNATIVAS.

Si la humanidad no tuviese, á mas del alivioso de la esperanza, el alivio de las alternativas, padecería cien veces mas de lo que padece. Al ser la felicidad su estado normal, hastiaríase al fin con sus encantos y acabaría por desilusionarse cayendo en el escepticismo: aborrecería el mundo.

Al ser la desgracia su situación constante, no se sentiría con suficientes fuerzas para soportarla, y consumiríase por último lenta y lastimosamente. Bien es verdad que este resultado no sería obra tanto de su voluntad cuanto de su naturaleza, pues que el padecimiento continuado destruiría la parte física de su ser, como el rayo de sol consume gradualmente la pequeña bola de nieve. ¿Qué frente, por altiva y serena que sea, puede afrontar sin inmutarse, una cadena apenas interrumpida de infortunios? ¿Qué corazón no desfallece y muere al helado y perenne sople del dolor?

Pero Dios, cuya inescrutable mente ha sabido equilibrarlo todo, compensarlo todo, ha establecido en la prolongada senda de la vida, la sabia ley de las alternativas. Sin esa ley el desgraciado no alimentaría nunca la esperanza de saborear, *alguna vez*, el suave néctar de la felicidad, doblaría su frente al peso inexorable de la desgracia, y acabaría, como los corazones saturados de dicha, por aborrecer el mundo.

Los accidentes de la vida son relativos. Para el rico, para el hombre verdaderamen-

te feliz, son de una especie, en elevada escala; para el pobre, para el desdichado cuyos ojos nunca han contemplado el brillante sol de los placeres, tienen un carácter asaz humilde y reducido. Empero, en este último caso alcanzan también á templar el hielo de sus pesadumbres, pues si la fortuna fuere esquiva desde su principio, de bastante resignación hále dotado la naturaleza para contentarse con lo poco y con lo humilde.

\*\*\*

¿Veis las ocultas pero trágicas escenas que se verifican en las cortes ó palacios de los grandes? Pues mañana tocarán todas ellas á su término, y el suntuoso banquete, la magnífica *soirée* sucederánles en virtud de la ley de las alternativas, como el albor de la mañana sucede á las sombras de la noche.

¿Y no veis como el desdichado cuya lengua no ha podido saborear durante el día un mendrugo de pan, conoce también las dulzuras de un placer, pequeño y acaso ridiculo para otros, pero que para él significa el término de un hambre ó un sople, apenas perceptible, de lo que el hombre apellida satisfacción?

Y como del dolor al placer, cambia también la ley de la existencia del placer al dolor. Así vemos que tras el goce de una pasión ilícita ó de un crimen nefando viene su castigo, como en pos de una vil orgía viene la palidez sobre los semblantes y el peso sobre las conciencias. Semejante principio no se verifica únicamente en los fenómenos del crimen: realizase también, por desgracia, en todos los actos de nuestra vida, aunque ellos estén santificados por la moral. ¿Porqué ley tan amarga?—No lo sabemos; no trataremos de averiguarlo; pero el hecho existe, y la experiencia lo confirma. ¿Cansados no estamos, por ejemplo, de sentir el rigor de un desengaño tras el halago de una esperanza?

¿Muchas veces no han rodado sobre nuestras mejillas lágrimas de dolor al día siguiente de haberlas vertido de placer?

Y en el sentido opuesto, ¿no es verdad que nuestro espíritu, atribulado y vencido hoy por la desgracia, siéntese mañana con fuerzas bastantes en virtud de una esperanza que concibe?

Hasta aquí hemos hablado solamente de las alternativas inmediatas ó próximas; es decir: de aquellas que se verifican con sólo el trascurso de las horas y los días. Pero nuestra ley es mas clara tratándose de épocas ó periodos considerables. Esto es tan evidente, que hasta inútil nos parece tratar de demostrarlo.

En el trascurso de nuestra existencia hay años, épocas, en los que parece que la fortuna se empeñara en sonreirnos, y otros en que nuestra situación cambia por completo, y vémonos acosados por una suerte adversa. Entre los años ó las épocas de nuestra vida no hay identidad posible. Cambian con tan prodigiosa versatilidad como los colores de un prisma segun la posición que este recibe.

Hoy gozamos; mañana sufriremos.

Hoy sentimos sobre nuestro corazón la mano de la desgracia; mañana sentiremos allí mismo el dulce ósculo de la esperanza.

Si así no fuera, repetimos, quién afrontaría con serenidad una serie de dolores?

\*\*\*

Tan penetrado estoy yo de esta verdad que en los momentos de prueba mi frente no se nubla, ni en los felices créese mi corazón esento de una pesadumbre. En el primer caso la esperanza de una reacción que si está lejana no por eso deja de venir, alienta mi resignación y me sostiene. En el segundo, no es mi espíritu el que, holgándose en una hora de placer, olvida que el mañana tiénele preparado el amargo cáliz de una decepción.

\*\*\*

Así como en el orden moral, el principio de las alternativas verificase también en el orden físico. Por eso los campos que contemplamos hoy desnudos de vegetación y tristes, verémoslos mañana vestidos de matizadas flores y llenos de perfume. Por eso el espacio iluminado instantáneamente por la luz del rayo, conviértese en seguida en sombra pavorosa. Por eso á los retozos y alegría de Primavera suceden el hielo y las borrascas del Invierno. La ley es universal; á todo y á todos alcanza. Verifícase en el hombre, cúmplase en el Universo, y no decimos que llega hasta la eternidad porque siendo, como es, finita, no puede pasar de los bordes de la tumba.

Tal es la ley de las *alternativas*.

Sábía y perfecta á la verdad;

Por que todo lo de Dios es sabio y es perfecto.

ELOY TRUQUE.

Lima—1875.

### AL TOQUE DE ORACION.

Á MI HIJA ENRIQUETA CARLOTA.

I.

¡Ven conmigo á rezar, hija del alma!  
Ya que la tarde plácida convida,  
En dulce ensueño á sepultar la vida  
Que plugo concedernos al Señor.  
Aquellas nubes que en el éter vemos  
Pasar como fantástica quimera,  
Son el trasunto de la edad primera  
Que pasa con su halago seductor.

Rasgó los pliegues del dormido viento,  
La vibradora y mística campana,  
Y de rodillas la ciudad cristiana  
Piadosa ruega al que murió en la cruz.  
Las perlas transparentes del rocío  
Bañan el cáliz de la flor hermosa,  
Y espera renacer la casta rosa  
Del nuevo día en la esplendente luz.

Mira la luna, cual fanal de plata,  
Como asoma primero en el Oriente,  
Derramando su lumbre refulgente  
Con pródiga ternura sin igual.  
Y vé su disco tras la opaca niebla  
Cual óptica ilusión del firmamento,  
Mientras se eleva tu piadoso acento,  
Henchido de perfume virginal.

Solloza el agua al arrastrar la arena,  
Que ha enturbiado su linfa cristalina,  
Y trémula de amor la golondrina  
Busca en la sombra su apacible hogar.  
Sacude el árbol las marchitas hojas



Alfombrando con ellas el sendero,  
Por donde en paz caminará el viajero  
De la cárdena aurora al despertar.

A veces bordan el azul espacio  
Entre tules de gaza mil diamantes,  
Y van las aves del desierto, errantes,  
En busca del descanso á la Oracion.  
El viento riza las crespadas ondas  
Y el mar se aduerme en la tranquila playa,  
Y el sol muriente en el confin desmaya,  
De la campana al plañidero son.

Llegó la noche al fin, hija querida,  
Como llega al placer su desventura,  
Como la luz á la tiniebla oscura,  
Como el frio sepulcro á la vejez.  
Todo tiene su término en el mundo,  
Los siglos á los siglos se devoran,  
Y los humanos el mañana ignoran,  
Como ignora los males la niñez.

¡Ven á rezar conmigo! La campana  
Repite las palabras de Maria,  
Y juntas tu alma con el alma mia  
Alzemos nuestras preces al Señor.  
Nada es mas grato para el Ser Supremo  
Que escuchar nuestra íntima plegaria,  
Que en álas de la tarde solitaria  
Vuela hácia el trono del divino amor.

Y mas tranquila, dormirás, bien mio,  
En los brazos del Ángel que te guarda;  
Déjame á mí con mi pasion bastarda  
Libar el cáliz de espantosa hiel.  
Pide al Señor que la virtud te inspire  
Para entregarle inmaculada tu alma,  
Antes que el sueño con su muelle calma  
Te arrulle y cubra con su manto fiel.

## II.

Vamos, hija, á rogar al Dios clemente  
Ya que sonó en la torre la oracion;  
En el polvo humillemos nuestra frente,  
Porque es de ley que la cristiana gente  
Demande de sus culpas el perdon.

Y ruega por tu madre cariñosa  
Antes que todo, mi adorado bien:  
Ella lleva una vida fatigosa;  
Ella en su seno te abrigó amorosa;  
Ella con besos adormió tu sien.

Pide á la Virgen, que feliz la vea  
En medio de esta atmósfera mortal,  
En tus juegos tu madre se recrea,  
Y es de tu mente perdurable idea  
Velar tu cuna, conjurando el mal.

Y la madre de Dios oirá tu acento  
De la plácida noche en el capuz:  
Ella con su Hijo soportó el tormento;  
Y sabe que el materno sufrimiento,  
Hizo de horror estremecer la cruz.

Ruega, al Señor por mí, bien de mi vida,  
Y alcanzarás su santa bendicion.  
Tu plegaria el descanso me convida,  
Antes que emprenda el alma su partida  
De este valle de angustia y de afliccion.

¡Tú no lo sabes, nó! Tú nunca has visto  
Las huellas de mi incógnito pesar,  
Ignoras tú que agonizando existo,  
Y que doliente pido á Jesu-cristo  
Torne mi planta al apacible hogar.

Soy como el pária que jamás alcanza  
Aquello porque el alma suspiró.....  
He perdido, Enriqueta, la esperanza;  
Y hoy los sollozos que mi pecho lanza  
La brisa de la tarde evaporó.

Y las canas que vés en mi cabeza  
Brotaron con mi llanto perennal;  
Me consume una fiebre de tristeza,  
Cual esas plantas, que al nacer, empieza  
Sus tallos al trincar el vendaval.

Ruega por mí al Señor Omnipotente  
Al toque de la mística oracion;  
Pide que calme mi ansiedad doliente;  
Pide se cubra mi angustiosa frente  
Con el mágico manto del perdon.

Y Dios te escuchará, porque tu acento  
Henchido de perfume virginal,  
Se eleva hasta el exelso firmamento,  
Cual la paloma candida en el viento  
Del próximo peligro á la señal.

## III.

¡Ven á rezar conmigo! Es el instante  
Que saludan con gozo los cristianos;  
Vamos, hija, á rogar por tus hermanos;  
Por los vivos y muertos á la vez.  
Roguemos por el pobre y por el rico,  
Por los que surcan los inmensos mares,  
Y por los que en impúdicos cantares  
Insultan la orfandad y la vejez.

Y ambos de rodillas pediremos  
Para el hambriento pan, ropa al desnudo,  
Buscando siempre el milagroso escudo  
Que con su muerte nos legó Jesús.  
Para la casta virgen solitaria,  
Pediremos constancia á su desvelo,  
Y que el profano amor huya del suelo,  
Como huye Satanás ante la cruz.

Rogaremos tambien por los malvados  
Que blasfeman de Dios Omnipotente;  
Por los que dudan que su rayo ardiente  
Castigará á los malos por igual.  
Por los que pierden la razon y el juicio  
En la mesa de juego ó la bebida;  
Por los que arrastran miserable vida  
Guardando siempre el corruptor metal.

Pediremos por todos los mortales  
Que cruzan este valle de amargura;  
Por el que jime en la mazmorra oscura  
Víctima de la infame delacion.  
Por la púdica esposa rogaremos  
A quien su esposo sin piedad maltrata,  
Y por la torpe muchedumbre ingrata,  
Que no invoca á Jesús en la oracion.

Rogaremos tambien sobre las tumbas  
Donde duermen en paz nuestros mayores;  
Y esas que nacen perfumadas flores  
Nos hablan misteriosas del que fué.  
Que no te asuste el tétrico silencio  
Que reina en el palacio de la Muerte,  
Porque es del hombre la inconstante suerte  
Tornar al seno dó bajó la Fé.

Ven a rogar al Redentor del mundo  
Por los que duermen en la tumba fria;  
Por los dolores que sufrió Maria  
Suplica de rodillas al Señor.  
Pide para los muertos el descanso  
En tus palabras á Jesús clemente,

Cuando mires alzarse en el ambiente  
Llena de gala la marchita flor.

Quien sabe si muy pronto, hija del alma,  
Iré á dormir allí mi último sueño,  
Porque no soy de mi existencia dueño,  
Ni de la suya lo es ningun mortal.  
Para entónces demando tus plegarias  
Que bañarán mi lívido esqueleto,  
Y mostráranme tu filial respeto  
Digno de mi ternura paternal.

¡Ven á rogar conmigo!..... Concluyamos  
Pues ya la sombra á reposar invita,  
Y el cuerpo de descanso necesita  
Despues de la plegaria de oracion.  
Soportemos los males de la tierra,  
En el polvo humillemos nuestra frente,  
Porque es de ley que la cristiana gente  
Demande de sus culpas el perdon.

FEDERICO FLORES Y GALINDO.

Cañete—1875.

## CONTRASTES MATRIMONIALES.

(Conclusion)

SOBRE DON FERNANDO.

REGRESÓ este caballero despues de un año,  
bien de salud, y algo robusto. Inmediatamente fué donde su distinguido amigo Orogoyti á verlo, y le dijo:

¡Oh amigo querido! solo usted y don Federico merecen se les dé este título de amigo, tan significativo y grande; los demas que consideraba fuesen mis amigos, solo serán conocidos; ellos asi lo han probado, y merecen este título, pues en mis trabajos me han olvidado, y ni una de mis cartas me han contestado; ya sé lo que valen, me queda la esperiencia; pero mejor es que olvide acciones no propias de almas nobles, de almas gratas.

Nada tengo que decirle de nuevo sobre mi convalecencia; porque usted por medio de mis cartas, sabe que en el periodo de un año, no ocurrió nada notable.

Dije á usted antes de irme, que en los dias que dejé de ver á usted, he sufrido mucho, pero que no estaba en circunstancias de hablar sobre el particular, y que á mi regreso lo haria; voy pues á cumplir mi palabra.

Sabrá usted, querido amigo, que en mi casa vivia un sugeto al que le profesaba yo muy buen afecto; tanto á él como á la señora que lo acompañaba; pero derrepente, este traicionó la amistad, y me hizo la guerra pasándose á mi esposa, y aconsejándola mal, y haciéndome cuanto perjuicio podia. Es de advertir, que mi esposa le habia contado que pasaba muchos trabajos conmigo, y por este estilo infinitas maldades que me supuso, y varios cuentos hasta indisponerme con él y lo mismo con la señora que lo cuidaba. De esto resultó que me tuvieran un odio profundo, y que se decidiesen á favorecer á mi esposa, en todo lo que fuese daño á mi honra y á mi dinero; del apoyo de ellos resultó, que estando yo en mi destino, mandó mi esposa todos los contrastos de mi casa donde ellos, y al mismo tiempo ella con sus hijos, menos una de mis hijas que no quiso irse, porque es la única que me tiene un poco de amor; y por esta razon mi esposa la aborrece; y ha dicho, que ni despues de muerta quiere ver á su hija.



Fastidiado ya de tanta maldad de esta muger, de las injusticias de los jueces que se dejaban engañar de ella, y daban asenso á sus imposturas; y los empeños del que se declaró mi enemigo, y las amistades que mi esposa tenia con la muger de cada juez, me hicieron sufrir estas injusticias mucho; pues al considerar la ingratitude de mi muger, los falsos testimonios que me levantaba, y las muchas pérdidas que me ocasionaba, me se inflamó el cerebro de tanto pensar, que me originaron dolores muy fuertes; y temió el médico un desarrollo mortal, sino me evadía de tantos pesares; y me instó que hiciese un viaje, como le indiqué á usted antes de irme, porque otros aires me habian de asentar. Mi muger que conoció el mal estado en que yo estaba, habló con los jueces, con los abogados, para que hiciesen todo lo posible para quedarse ella con todos mis bienes y tambien la casa; y estos me dijeron, que el pleito tenia que durar no meses, sino años, y que perderia tambien esa casa, que al fin tenia hijos, y que era mejor que á mi esposa se la dejara; yo como estaba con mi razon ofuscada, accedí y entregué la casa á mi esposa; pero con la condicion que á la hija que me acompañaba y quedaba en un convento, le pasase una mesada de treinta pesos, y el demas dinero, para que atendiese á los alimentos, educacion, y demas necesidades de mis hijos. Pero he sabido que los niños pasan muchos trabajos, que los mantiene solo con arroz y trigo, que no han ido al colegio, y si la chica vá, es á colegio gratuito, y á la jóven que quedó en el convento, le manda una mesada cada tres ó cuatro meses; que esta hija estando angustiada, le escribió una cartita esponiéndole sus miserias, y no la quiso admitir; vea usted este fenómeno. ¡Qué tal madre! esta es pues la muger fiera, por la que he pasado tanto, por la que he hecho sacrificios en extremo, y por la que he trabajado sin cesar desde la edad de veinte años; y ahora que debia estar algun tanto descansado, si mi esposa fuese buena, tengo que con grande empeño, emprender nuevo trabajo, porque esta muger maligna, hace años me ha arruinado; y ahora ella con su familia se está riendo, está gozando, se pasea, se divierte, está libre; y yo pobre estoy penando, y ahora que mi cabeza está fresca, he estado considerando, que sin saber lo que hice, á mi muger sus maldades le he premiado; pues ella lo que queria era ser adusta, no verme y disfrutar de su dinero como le diese la gana; y yo al ver su mala conducta, debia haberlo estorbado, y encerrarla en un convento pasándole una mesada; pero dejarla libre y en posesion de todo, para que haya hecho lo que le ha dado la gana, y que toda su familia disfrute de lo que á mi tanto trabajo me ha dado, y aún más: permitir yo, que mi madre, que habitaba ahí en mi casa, haya perdido su hogar, y esté mal acomodada? en medio de ser enferma, pobre y desamparada; ¡oh! solo podía haberlo hecho, con mi cabeza ofuscada; y le aseguro á usted, amigo, que cuando pienso en esto, tengo momentos terribles; momentos ¡ay! muy amargos; porque mi muger es la causa de todos nuestros males, y solo esperando en Dios puedo un poco consolarme.

Pero ya he contado á usted de mi historia una pequeña parte; lo demas, queda en mi pecho hasta que pueda guardarle.

Don Adolfo quedó muy consternado con la triste narracion de don Fernando, y le dijo: que se consolara, que le hiciese el favor de admitir las viviendas que le ofrecia ahí en su casa, y que contase con su afecto, con su dinero, pues lo queria mas que si fuese su hermano. En esto entró don Juan Gualberto, y transportado de gozo abrasó á don Fernando y le dijo:

Aunque no he tenido el honor de conocerlo, señor, mucho lo he considerado y he tomado mucha parte en sus sensibles desgracias.

Y le hizo muchas ofertas para inspirarle confianza; don Federico tuvo la noticia que don Fernando estaba en casa de su hijo político, fué á verlo y se le ofreció como amigo, como hermano, y como padre. Don Fernando con todo el ardor de su alma, dió á todos sus agradecimientos, prometiéndoles no olvidar sus muchísimas bondades; los tres amigos pues, le prodigaban consuelos y cuanto necesitaba; y despues de dos meses lo habilitaron; don Fernando abrió una tienda, y vendia muy barato; y por esta razon llegaba mucha gente á comprarle; la suerte le fué propicia, y dinero ganó bastante. A los diez meses de estar él trabajando, murió su esposa, y los bienes volvieron donde don Fernando; á sus hijos recogió, y estos mucho se enmendaron; la casada, se puso en paz con su esposo, y conoció que no era malo, y que ella tenia la culpa de lo que habia pasado. Su esposo la recibió con dulzura y mucho agrado.

Al fin Dios recompensó al mártir de don Fernando; vivió tranquilo y feliz, y tuvo una vida larga.

CÁRMEN GARRIDO DE ALVARADO.

### A MI PADRE.

SONETO

De mis ojos hinchados seco el llanto  
Y me reclino en tu amoroso seno,  
Y tú de amor y de ternura lleno  
Consuelo quieres dar á mi quebranto.

Me dices: «á tu edad alegre canto  
Debe exhalar la lira, que es ageno  
Aquello de no hallar al mundo bueno  
Y de gemir pesar y desencanto.»

Pero al mirar las lágrimas ardientes  
Que ruedan por mis pálidas mejillas  
A fuerza del pesar hundidos pozos,

El noble pecho conmovido sientes:  
De mi frente á la par la frente humillas,  
Y...unes á mis sollozos tus sollozos.—

NICOLÁS A. GONZÁLEZ.

Octubre 12 de 1875.

### NUBES DE UN CIELO.

(BOSQUEJO DE NOVELA POR EL ÚLTIMO HARABEC.)

#### El lecho de Rafael.

Ala mañana siguiente, dijo don Manuel á su esposa: hija, don José, Mariquita y Rafael han sido como nuestra familia no te parece que debemos darle, parte del matrimonio de nuestra hija?

—Sí contestó doña Carmen—pobres, nos quieren tanto y doña Manuela tomando su sombrero se preparó á salir; mas al llegar á

la puerta encontró á don José que con el rostro demudado apenas le dió tiempo á saludar.

—Qué hay, don José?

—¡Ay! amigo—contestó este con la voz conmovida—se me muere mi Rafael.

—¿Rafael?

—Sí, mi Rafael, mi hijo querido, mi único hijo hombre.....vengo á suplicar á la señora Carmen vaya á verlo.

—Don Manuel entró precipitadamente llamando: Carmen, Carmen.....

—Qué sucede?

—Que Rafalito se esta muriendo.

—¿Rafalito?

—Sí, vete á verlo.

Clementina, que habia oido el diálogo, salió precipitadamente.

—Qué tiene usted, don José? preguntó á este que aun no se habia ido.

Que he de tener, hijita, sino el dolor mas grande: mi Rafael se muere.

Clementina volando mas bien que corriendo atravezó la calle seguida de su madre y pronto llegó hasta la cama de Rafael. Este que recién calmada la fiebre se hallaba, como la rama asotada por la furiosa tempestad, estaba desencajado y apenas sus negros ojos brillaban moribundos entre un círculo cuya sombra era demasiado marcada.

—Clementina, con aquella familiaridad y solicitud de hermana, se sentó sobre su lecho, mientras doña Carmen, María y don José preparaban en otra habitacion, la medicina é inclinándose:

—Qué tienes? preguntó con tristeza—qué tienes, Rafael?

—Nada—fué la única respuesta.

—Cómo, nada? si estás completamente demudado, tienes fiebre?—y colocó su delicada mano sobre la frente del enfermo, Rafael, qué te duele? qué tienes? de qué te ha venido esta enfermedad, tú eras tan sano siempre.

—Yo no sé.

—Te habrás refriado levantándote muy temprano para ir á tu colegio, para qué te levantas tan temprano, para qué vas así?

—Ya no voy.

—No vas á tu colegio?

—No.

—Y por qué.

—Por que nó.

—Mira, es preciso que sanes, que te levantes, que vengas á casa.

—Y para qué?

—Cómo para qué, para estar con nosotros.

—Hemos ido noche tras noche con María y tú.....—Rafael no pudo concluir en sus parpados reboloteo una lágrima.

—Cierto—contestó Clementina como tratando de escusarse—¡pero ya desde hoy vamos á volver á estar como antes, tú y Mariquita se vendrán á vivir con nosotros yo te lo ofresco.

—¡Quién sabe si podré—contestó suspirando Rafael.

—Y porque nó?

—Porque me siento malo, quizá voy á morir.

—No pienses en la muerte, Rafael, tú vés á ser feliz:

—Feliz?

—Sí, feliz.

—La felicidad no se hizo para mí!



—Rafael...por qué te aflijas?...qué tienes?

—Yo no sé; pero creo que me están des-  
trosando interiormente, mira, trae tu ma-  
no.

—Clementina, se la ofreció y Rafael con  
aquella naturalidad de su sencillez y aman-  
te corazón la tomó suavemente é introdu-  
ciéndola en su seno aquí le dijo: aquí po-  
niéndola sobre su corazón, aquí siento no  
sé qué cosa que me mata, Los hermosos  
ojos de Clementina daban de lleno sobre los  
de Rafael, que parecía por los suyos dejar  
escaparse toda su alma, con aquel dulce é  
inefable arrobamiento de la virtuosa criatu-  
ra al dirigirlos hacia Dios.

Por un momento desapareció el tiempo,  
el mundo, todo para el joven amante y la  
*esencia* de su alma exalábase incontenible,  
poco á poco fuéronse sus párpados cerran-  
do; Clementina no retiraba la mano de su  
seno; si no que, como el ala de la paloma  
que cubre á su tierno hijo, se mantuvo  
adormeciendo á Rafael. Tantos días de in-  
somnia, tantos de sufrimiento habían su  
cuerpo amortiguado.

Cinco minutos así bastaron para que el  
pobre joven se quedase dormido, como si  
acabase de tomar alguna de aquellas pre-  
paraciones orientales que sumergen en de-  
liciosos sueños.

Clementina retiró suavemente su mano,  
cubrió cuidadosamente con la cobija el cuer-  
po de Rafael y contemplándolo con lástima  
¡pobre! dijo é inclinándose puso sus labios  
sobre la pálida frente del enfermo.

María que llegó en este instante, silencio-  
sa para no despertar á su hermano, rodeó  
con sus brazos el cuello de su amiga pagan-  
do con besos repetidos aquella prueba de  
ternura que acababa de presenciar.

(Continuará.)

## IGUERRA A LAS MUGERES!

### I.

MUCHOS son los autores que poco mas ó  
menos han hablado del alma, con pro-  
funda erudición.

Demóstenes, Agesilao, Aristóteles, etc.,  
consagraron su talento á esa misteriosa com-  
prensión que obra en nosotros, y mas tarde  
Leibnitz, Malebranche, Schelling y otros  
se ocuparon tambien de ella.

Si mal no recordamos, ha habido así mis-  
mo otro escritor que atacó el cinismo de  
Diógenes.

Otro creo que negó la existencia del calor  
y enalteció el frío.

Otro ha sublimado el escabeche, los ra-  
biosos y los hostiones.

Otro ha dicho que lo barato era caro, y  
vice-versa.

Otro..... ¿pero á dónde vamos á parar  
con tanto ejemplo?

### II.

Mas ninguno ha empuñado la pluma pa-  
ra demostrar que las *mugeres*, *calamidades*  
*deseables*, como las llama San Juan Crisós-  
tomo, esas *hijas de Dios*, segun afirma el  
Abate Constant, ese mar donde se naufraga  
fatalmente como dice Malesherbe, sirve mas  
de mal que de bien.

Sí, señor, mas de mal que de bien.

Y si no, vamos á las pruebas, advirtiendole  
á nuestros carísimos lectores que nosotros

somos imparciales en el asunto que ahora  
tratamos, y que no queremos, como dice  
Amelot, ni á las virtuosas por convenci-  
miento.

Adelante.

### III.

Vamos á las pruebas.

Desde que el mundo es mundo, las mu-  
geres han originado desgracias sin cuento,  
males infinitos trastornos horribles.

Allí tienen ustedes sin ir muy lejos, á  
nuestro buen padre Adán, que por comer la  
maldita manzana que la pícara Eva le ofer-  
tó, se vió sin gracia, sin virtud y sin Parai-  
so, y mas desnudo de lo que estaba.

¿Podrá llamarse en consecuencia *sostén*  
de una casa, la muger que nos perdió, las  
que nos pierden?

¡Imposible!

A no haber sido por la primera muger,  
hoy estaríamos todos bastante contentos, co-  
miendo fruta nada mas, y sin que conocié-  
ramos la política, la ambición y la envidia,  
tres hidras monstruosas que agobian á las  
naciones.

Eva con su detestable golosina nos legó  
el pecado original; y aquí nos tienen ustedes  
saboreando ese deleite impuro, y llevando  
la penitencia en la práctica de ese pecado.

¿Y no es este motivo suficiente para que  
tronemos contra las mugeres?

¡Vive Cristo que el que nos contradiga,  
debe ser tan tonto como el pobre de nuestro  
padre Adán!

Guerra, pues, á las mugeres, guerra, guer-  
ra!

### IV.

Siguen las pruebas de que la muger sir-  
ve mas de mal que de bien.

Por las mugeres han sido las guerras.

Por las mugeres son los duelos.

Por las mugeres, á no dudarlo, se acaba-  
rá el mundo.

¡¡Admírense ustedes y ayúdenme á sentir!

Cierto es que allá, en tiempo del rey Pe-  
rico, hubo algunas buenas que de algo sir-  
vieron, pero ¿cuántas espinas dieron antes  
de producir una sola rosa?

Siempre suspiros por ellas, siempre lá-  
grimas, siempre ruegos, siempre deseándo-  
las.

Los pobres hombres se desviven, se em-  
pobrecen, se hacen célebres, se matan, se  
enferman, se insultan por una de sus mi-  
radas, por un sí de sus rosados como fala-  
ces labios, por una caricia de sus blancas  
manos; y despues de todo esto, allá van las  
otras desdichas que traen consigo los anje-  
litos cuando son esposas.

Vestidos, palco en el teatro, trajes para  
los niños, lavandera, nodriza, criados, joyas,  
sombrosos, abanicos, castañas, zapatero,  
costureras, máquinas de coser, sombrillas,  
relojes, etc.

Resúmen: Ruina total y completa del po-  
bre hombre que lleva á su lado una muger.

### V.

¿Y de qué sirven las mugeres? pregunta-  
mos.

Contestacion.

Las mugeres de nada sirven, porque solo  
gustan de componerse.

De mirarse al espejo.

«De que les digan: es usted mas linda que

la sonrisa de los ánjeles, y mas poética que  
la flor en su tallo, mas interesante que el  
primer albor de la mañana.»

No saben coser, pero saben bailar.

Siempre andan de paseo.

O en visitas.

O condimentando un traje.

Son entusiastas de lo misterioso, de lo  
bello, de lo valeroso, porque halaga sus ar-  
dientes instintos.

Por eso gustan de leer novelas.

Por eso cultivan la música, aman la poe-  
sía, idolatran las flores, y cuando buscan  
novio lo buscan buen mozo.

Los defectos, los chascos, los *gregoritos*  
de sus semejantes escitan risa.

Comentan las aventuras del prójimo mas-  
culino y femenino de distinta manera, y for-  
man sobre ellos curiosos comentarios.

Quieren mucho á los niños, y los miman  
y juegan con ellos, porque los chiquitines  
les revelan el dulce dictado de *mamá* por el  
que deberian y esperan obtener algun dia,  
uniéndose al hombre que aman.

«Logran, en fin, subyugar, segun dice Es-  
tevan de Neufville, la fuerza con su habili-  
dad; herir á uno con el mismo golpe que ha  
demostrado su adoracion á otro; buscar al  
que huye de ella; huir del que la busca; fluc-  
tuar mil veces al dia entre el amor y el de-  
ber, inclinándose tan pronto al uno como al  
otro extremo; amalgamar con inimitable  
destreza la obra de Dios con las pompas de  
Satanás; en una palabra; conciliar los tér-  
minos mas opuestos, como si hubiera otor-  
gado á su naturaleza, el raro don de neu-  
tralizar todas las deducciones de la lógica  
y del sentido comun. A la pregunta, pues,  
de: ¿Qué es la muger? me siento inclinado,  
prosigue Estevan de Neufville, á contestar  
como Esopo. «Es lo mejor y peor del mun-  
do..... Ánjeles para los que aman, son ver-  
daderos demonios para los que aborrecen.»

### VI.

Concluyamos ya una materia muy supe-  
rior á nuestras fuerzas y que podria prolon-  
garse mucho.

¡Por San Antonio!

¡Guerra, á las mugeres!

¡Guerra, guerra, guerra!

¡Levantaos de vuestras tumbas, sábios  
antiguos, acudid vosotros, autores moder-  
nos; venid en masa, dramaturgos actuales,  
y combatamos sin descanso á las mugeres!

¡Que el armonioso clamor de las víctimas  
de seductores ojos, de delicadas manos y de  
piés de ninfa, no mueva el ímpetu fiero de  
vuestros corazones; que vuestro valor, nun-  
ca desmentido, no desmaye ante el miriña-  
que, la blonda y la seda: que el olor de la  
pomada, las nubes de polvo de arroz y los  
torrentes de agua florida, no os obliguen á  
detener vuestra intrépida mirada!

¡Adelante, adelante, adelante!

¡Guerra á las mugeres, guerra, guerra!

### VII.

Pero no se sorprendan las lindas belda-  
des que nos hagan el honor de fijar sus be-  
lísimas miradas en estas mal urdidadas líneas.

Todo es una broma..... y nada mas.

Jamás nos consolaríamos de tener por ad-  
versarios á esos ánjeles que llaman mugeres.

¡Nunca desearíamos tal cosa!

¡Nunca, nunca, nunca!



¡Paz, bellas lectoras, paz, paz!.....

¡Perdon, indulgencia, gracia para el que cierra este artículo, con las siguientes palabras de Destonches, dedicadas á vosotras!

«Los atractivos de la mujer, dice, son muy superiores á toda ponderacion. Figuraos, á un ser que constituye el centro entre los ángeles y el hombre: los trinos del ruiseñor son menos agradables que la melodía de su voz; es amable, insinuante y festiva su conversacion y no menos encantador su trato. Las mujeres, en una palabra son un completo hechizo, ningun hombre las provocó jamás sin sucumbir, y desde el mismo instante en que las mira, se hace su esclavo.»

PEDRO GRULLO.

### A UNA AMIGA.

Tu canto es un arroyo  
De mágicas querellas  
Que tiembla entre tus labios  
Cual tiemblan las estrellas  
Al beso que amorosos  
Los ángeles les dan.  
Tus ojos son dos soles  
Que abrasan con su fuego  
Tan negros, cual la noche  
Que abruma mi sosiego,  
Tan dulces, cual susurro  
De céfiro fugaz.  
Tu talle es como el lirio  
Que crece en la enramada  
Y esbelto se estremece,  
Del alba á la mirada...  
O vibra blandamente  
Con lánguido vaiven.  
Tu frente ciñe un nimbo  
De flores inmortales  
Formado por effuvios  
De auroras estelares,  
Que el génio de la gloria  
Te brinda por doquier.  
Tu boca es fresco nido  
De rosas purpurinas  
Do brillan de tus dientes  
Las perlas diamantinas,  
Si en plácida sonrisa  
Las dejas descubrir.  
Tu voz es un conjunto  
De armónicos sonidos  
Que en rítmicas cadencias  
Hirieron mis oídos,  
Y arrancan á mi guzla  
¡Un canto para tí!

JOSEFINA PEREZ.

### MOSAICO

**P**asó la tempestad!

El dia señalado para la gran lucha eleccionaria, llegó por fin, entre grandes temores y congojas de la sociedad entera, que estaba conmovida por los mil desagradables anuncios que para ese dia se hacian. Los partidos salieron al campo de batalla, y la cuestion quedó decidida á costa de alguna sangre.

Pocas son, sin embargo, las víctimas que hay que lamentar, si traemos en cuenta que los preparativos y las amenazas eran como para que no quedara vivo un solo hombre.

De entre los partidarios del señor Contra-Almirante Montero, cuéntase como he-

ridos á los distinguidos caballeros José Antonio Alarco, Juan Manuel Raygada y Abel de la E. Delgado, los dos primeros á bala y el último de una pedrada en el pecho, que ha puesto en tal peligro su existencia, que muchas personas lo han tenido por muerto.

La sociedad limeña ha deplorado, y siente aun profundamente, la desgracia que ha acontecido á estos señores, y hace votos por su pronto restablecimiento.

Por lo demás nada de lo funesto que se esperaba se ha realizado. No á habido cosas incendiadas, ni el degüello y saqueo que se anunciaba para ese dia, por algunas personas tímidas ó mal intencionadas. Las autoridades de policia redoblaron su vigilancia, y no han ocurrido mas desgracias que las de las víctimas inmoladas, no en el altar de la patria, sino en una lucha fratricida sangrienta, cuya razon de ser parece inexplicable, en los pueblos civilizados.

\*\*\*

Graciosa es, por demas, la ocurrencia de dos novios, que en la madrugada del Domingo se encaminaron á una de las parroquias de esta capital, en los momentos de que los partidos políticos se disputaban la toma de la mesa de los sufragios, con el objeto de solicitar que el cura les echara la bendicion, y los uniera en santo y bendito matrimonio.

Cuéntase que al llegar estas inocentes tórtolas á la plazuela, se sorprendieron con la presencia de tantos hombres como los que allí encontraron, y que preguntaron con indecible candor: *¿qué fiesta hay ahora en esta iglesia?*

—Fiesta de balas, les contestaron algunos—y entónces los enamorados diéronse la media vuelta, diciendo: *que se haga el gusto de Dios; lo dejaremos para otro dia!*

La novia era una niña de unos sesenta años y pico, y el novio podria pasar por su papá, cuando menos; este matrimonio se iba á realizar á ocultas de los padres de ambos novios, los cuales se oponian al enlace por la poca edad de ellos.

¡Dios los haga unos santos!  
Estarian en Babia.

\*\*\*

Háblase con mucho entusiasmo de un baile de fantasia que tendrá lugar, dentro de muy pocos dias, en los salones del "Club de la Union." Los personajes que á él asistirán son niños que no bajan de seis años, ni deben exeder de doce. Los preparativos son grandes, y se cree que esta funcion será en Lima una agradable novedad, que proporcionará momentos de gran satisfaccion á los padres de familia, á la vez que les ocasionará un regular desembolso, en estos tiempos de calamidad y pobreza.

Los que deben estar como unos locos de contento son las niñas, y los niños, que han de echar allí su cuarto á espadas, y por su puesto su par de copas.

\*\*\*

Un periódico parisiense dá la siguiente noticia, que no carece de originalidad:

«Un embajador pidió á la policia de Londres le procurase una jóven que súbita é impensadamente había resultado heredera

de una fortuna de algunos millones. Proce-diéndose con toda reserva que el caso aconsejaba, confiése á uno de los mas astutos agentes el encargo de averiguar el paradero de la jóven heredera. Habían trascurrido seis semanas cuando el agente se presentó á su jefe, y preguntándole éste si había encontrado á la jóven, respondió que sí, pues había un mes que había dado con ella, y era costurera.

—Y en dónde esta ahora? preguntó el jefe.

—Conmigo, en mi casa, respondió el agente; me casé con ella.»

\*\*\*

En la libreria de Bodegonos se han recibido dos importantes libros de amena literatura. La edicion de ambos es de gran lujo y son obras á propósito para adorno de un salon, por la elegancia de sus cubiertas y el dorado de sus recortes. Titúlase la principal, *América poetica* y figuran en ella muchos de los bardos peruanos. La otra es *Poetisas Americanas* y trae composiciones de algunas de nuestras compatriotas. Recomendamos á los aficionados á versos la adquisicion de estos libros.

\*\*\*

La reina de Inglaterra vá á publicar una nueva obra. En ella se trata de la familia, del matrimonio, de las criaturas y de los sentimientos de la vida íntima en sus diversas facetas morales

La augusta señora que ocupa el trono, que ha sido la encarnacion mas noble de la esposa y la mas tierna y cariñosa de las madres, no tendrá que referir sino lo de su propio hogar para escribir páginas admirables. ¡Y cómo no ha de ocuparse de la familia la que dijo una vez á Luis Felipe: "La riqueza de los soberanos es tener hijos: nosotros somos ricos!"

El último libro que escribió la reina Victoria, produjo 55,000 pesos que entregó á la universidad de Aberdeen para sufragar los gastos de los estudiantes pobres de Balmoral. Con las economías de su tocador, despues de la muerte de su esposo el príncipe Alberto, reunió 12 millones, con los que ha fundado un hospicio, y todo esto sin ostentacion de ninguna clase y de una manera tan callada, que aun en Inglaterra no se sabe por la generalidad, pues no se le dió publicidad á su propio ruego.

\*\*\*

Las bellas lectoras de "La Alborada," perdonarán que no les hable en este Mosaico de modas ni de teatro. En lo primero estoy un tanto atrasada, desde que una de mis amables colegas, la señorita Carbonel, se impuso generosamente la tarea de escribir esa clase de revistas, y en cuanto á lo segundo, nada puedo decirles de funciones teatrales, por que las puertas estan cerradas de ese suntuoso templo de Talía.

Concluiré, pues, estas líneas, deseándoles paz y salud á mis simpáticas lectoras, y si no les viene mal, las pesetas que se autojen, ya que en este pícaro mundo, hasta el respirar cuesta plata.

ADRIANA BUENDIA.

Lima, Octubre 22 de 1875.

IMPRENTA DE "LA ALBORADA"

POR APOLINARIO VELAUCHAGA,  
Calle de Belen, núm. 391, bajos.